

LA PALABRA DEFINITIVA

Apenas rozaba con sus manos las hojas, como acariciándolas, pasándolas con exquisito cuidado, sintiendo casi amorosamente el tacto del papel. Su mirada transitaba rápida por el texto, buscando la dichosa palabra, seguro que agazapada entre otras muchas para que no la hallaran. ¿Libertad? No. ¿Paz? Tampoco. ¿Amor? Menos. ¿Madre? Imposible. ¿Dios? Uf.

Miles y miles de letras unidas aleatoriamente, ofreciendo significados de todo tipo a quien quisiera poner el ojo sobre ellas. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no aparecía cuando se la buscaba con tanto ahínco? Pensó que quizá se escondía porque odiaba que la leyesen, que la pronunciasen, que la entendiesen o quizá que la deletreasen, como desmenuzándola en pequeñas partes sin sentido. Las páginas pasaban cadenciosamente ante sus ojos macilentos, una tras otra, trasladándose poco a poco, haciendo progresivamente más grande el montón de la izquierda y más pequeño el de la derecha, pero la palabra no estaba por ninguna parte. ¿Comenzaría con mayúscula? ¿Tendría tilde? ¿Sería larga? ¿Corta? ¿Con hache quizá? Había leído ya varias veces “empoderamiento”, muchas otras “parafraseando”, algunas más “implementación”, e incontables “mayormente”, pero no tenía claro si debía ser así de larga. Tampoco si debía ser corta. Tu, si, te y mi inundaban páginas y páginas, una tras otra, con acento y sin él, con un significado y con otro, como pronombre, como adjetivo o hasta como sustantivo, solas o en compañía de otras. Pero nada. Tampoco las cortas. Demasiado simples, las muy cortas. ¿Sería entonces una de esas que llevan prefijo o sufijo? ¿Tendría alguna hache intercalada? ¿Ofrecería ambigüedades? ¿O una exótica diéresis, como la propia “ambigüedades”? ¿O sería la propia “exótica”, escondida entre otras que seguro que no lo eran tanto?

Letras, signos y significados daban vueltas en su cabeza mientras no dejaba de leer. ¿Y si se escondía dentro de otra? Puede que fuera eso. Volvió atrás, en busca de las palabras ya desechadas, y leyó de nuevo. Empoderamiento tenía “poder”, pero también tenía “miento”. Vaya, qué cosas, poder y mentira en una palabra. Parafraseando tenía “para”, tenía “frase” y tenía “ando”. Tres nada menos, pero no. En implementación solo encontró “menta”, de modo que tampoco, aunque pudiera saberle bien. Y mayormente tenía “mayor” y “mente”, pero para nada podía ser: le parecía una palabra estúpida y que solo podía gustar a los estúpidos. ¿Y si fuera “estúpida” (la palabra)? Reía: no podía

ser, porque sería una auténtica estupidez. Y mira que le gustaban las palabras acabadas en zeta, pero prefería las que comenzaban con ella, por raras. Zascandil le parecía bellísima y deliciosa de pronunciar, zalamero le traía a la mente el sabor de la miel casi sin querer, zopenco no dejaba de dibujarle una sonrisa cada vez que la decía, no sabía por qué, y zoroastrismo no sabía muy bien lo que significaba, pero eso pasaba con muchas otras y no le gustaban tanto.

Siguiendo con las letras raras, estuvo buscando por todos lados una que tuviera la uve doble, y después de mucho buscar solo encontró “Wenceslao”, nombre que le pareció precioso, aunque tampoco podía ser, no sabía muy bien por qué, quizá, pensó, porque es una palabra que no puede ser de otro modo, eternamente condenada a empezar siempre con mayúscula, la pobre. Optó por buscar entre las palabras que le parecieron más sonoras. Zascandil volvió a surgir de nuevo, y ahora le dio vueltas al “zas” y el “candil” que se ocultaban en ella, pero la volvió a desechar, una pena, como también ocurrió con canallesco, prístino, versátil, periclitado, cáncamo, visceral y paralelepípedo. Sopesó si le parecían sonoras por los acentos, pero no todas los tenían, de modo que no podía ser por eso.

El acento, quizá ahí estuviera la clave, porque el acento determina las pronunciaciones y modifica los significados, y ponerlo o no ponerlo puede cambiarlo todo, para bien o para mal. Buscó entonces esdrújulas sin tasa ni medida, pero ni por esas, no era ninguna de ellas. Ni crápula, ni tácito, ni índice, ni miércoles, ni brújula, ni pánico, ni ínfimo, ni códice, ni nécora, ni música, ni búsqueda, ni tránsito, ni efeméride, ni metáfora, ni periódico, ni cáscara, ni pésimo, ni régimen, ni súbito, ni sábana, ni hidrógeno. Ni siquiera póstumo. Nada. ¿Y si fuera una de esas raras sobresdrújulas, ya fuera en forma de verbo o de adverbio de modo con el sufijo “mente”? Pero no, pensó que no podía ser una de esas. Demasiado fácil.

Optó entonces por hacer acopio de palabras positivas y negativas, pero pronto se convenció de que por entre tanta positividad y tanto negativismo tampoco podría encontrar nada. ¿Dónde estaría? ¿Por qué no aparecía? No podía dejar de buscarla, porque estaba allí sin duda alguna. Quizá fuera que se escondía porque no la usaba ya nadie y se sentía discriminada frente a los malditos neologismos. Fue cuestión de pensarlo (sin postureo) y por allí aparecieron ahormado, patraña, beldad, pusilánime, zarandaja, caletre, bagatela, pamplina, eximio, níveo, postrero, estropicio y parabién, entre muchas otras que luchaban por no ser definitivamente excluidas del habla y de la

escritura, pero estaba claro que no era ninguna de ellas. ¿Y si fuera una de las acabadas en vocal cerrada y acentuada? ¿Por qué no?

Como de la nada pugnaron por salir a escena alhelí, bambú, colibrí, jabalí, champú, iglú, pedigrí, bistorí y marabú, y vio entonces que en realidad no eran tantas si se eliminaba de entrada a los verbos, pero tampoco parecía que fuera una de ellas. Empezaba a impacientarse. No podía ser. Tenía que estar necesariamente allí. ¿Y si fuera de origen árabe? Entonces dieron albricias por la oportunidad que tenían albaricoque, guitarra, tambor, zaguán, baraja, alfiler, zanahoria, dado, alcohol, berenjena, escabeche, chupa, gandul, jarabe, alcalde, latón, fideo, mazmorra, rehala, almohada y sorbete. Muy de aquí, muy nuestras, pero no era ninguna de ellas. Tampoco. Habría que seguir buscando. No quería ni pensar que fuera un anglicismo o un galicismo, tan de moda en estos tiempos modernos, por aquello de zapear o hacer puenting, o tener una rendevú en el chalé, por lo que se propuso seriamente repasar y repasar hasta que apareciera, viva o muerta, y comenzó a reírse de la ocurrencia. Palabra viva, palabra muerta. Pudiera ser que fuera incluso una de las típicas palabras de crucigrama. Ros: dícese de gorro militar con visera, de una forma cilíndrica y más alto por delante que por detrás. Bonita definición para solo tres letras, pero no. ¿Tres letras? ¿Y si tuviera tres letras? Ajo, mal, oca, bar, uva, asa, mes, pan, tos, luz, sol, amo, pez. Muy bonitas todas, una sola sílaba, para no hacer mucho esfuerzo, pero no era ninguna de ellas. Ninguna. Las letras ya bailaban alocadas por su mirada y amenazaban con salirse por la tangente, fuera lo que fuera la tangente. ¿Sería lo mismo que tanta gente? De nuevo comenzó a reír, temiendo que estuviese llegando ya a la locura. Tenía que seguir busca que te busca. ¿Dónde se ocultaría la dichosa palabra? ¿Sería una de esas que hay muchas, acabadas en “on” pero que no son aumentativos y siempre van acentuadas? Jamón, grabación, arpón, navegación, salmón, melón, bodegón, pezón, trombón, administración y tantas otras dijeron aquí estoy yo, pero tuvo la completa seguridad de que no era ninguna de ellas. ¿Dijeron aquí estoy yo? ¿Seguro? ¿Es que las palabras hablan por sí solas, sin que nadie las invoque?

Ya no sabía ni lo que decía, pero seguía leyendo y buscando enfermizamente. La palabra. Tenía que aparecer. Le dolía ya todo el cuerpo, pero sospechaba que no podía estar muy lejos. ¿Lejos? ¿Entenderían las palabras lo que significan cerca y lejos? ¿Entenderían algo? Entendiesen o no entendiesen, tenía que seguir buscando la palabra. Una palabra. Solo una palabra y ya. Pero no aparecía por más que leía y leía. ¿Sería del ámbito de la política? ¿De la publicidad? ¿De la gastronomía? ¿De la naturaleza? ¿De la

religión? ¿De la televisión? ¿De la economía? ¿Del deporte? ¿De la comunicación? ¿De la sanidad? Pensaba y pensaba mientras leía y leía, cuando de pronto, sin esperarlo ya, sintió que la había encontrado. Estaba allí. A su alcance. Entera y verdadera. Cercana y certera. Con todas sus letras. Con todo su significado.

Biblioteca.

Puso el cursor sobre ella. Pulsó una vez. Y se abrió un interminable abanico de posibilidades.